

A street-level view of a city street, likely in New York City, looking down a long, narrow street lined with tall buildings. The Empire State Building is the central focus in the distance, its spire reaching towards a hazy sky. The street is filled with pedestrians and some vehicles, though they are somewhat blurred, suggesting a sense of movement and a busy urban environment. The overall tone is somewhat muted and atmospheric.

AHORA O NUNCA

JAVIER MARTÍNEZ

LA HISTORIA CONTINÚA EN LA GRAN MANZANA

2 de agosto de 2013

Corría el año 2004 cuando escribí una pequeña novela llamada "El Último septiembre". En ella, un chico de dieciocho años llamado Ryan conocía a Matt en el que se convertiría en el verano más importante e intenso de su vida. Tras ser leída por no más de tres personas, la guardé en un cajón porque sentía que no era el momento adecuado. Ocho años después, en un momento complicado de mi vida, decidí rescatarla de la oscuridad para intentar rescatarme a mí mismo; la re-escribí cambiándole el enfoque y la forma de contar la historia para hacerla más cercana y personal. Pero no me gustaba su final, así que decidí seguir escribiendo y añadirle una segunda parte que hiciera que la historia no quedara incompleta. Y fue entonces cuando me di cuenta de que "Aquí y ahora" era el título perfecto para unir ambas partes. No sólo por el contenido de la historia, sino porque, efectivamente, el momento de publicarla había llegado.

Ahora, un año después, estoy encantado de poder decir que mucha gente ha leído mi novela. Mucha gente se ha emocionado, ha reído, ha llorado e incluso se ha identificado con los acontecimientos relatados en ella. Evidentemente, no se puede caer en gracia siempre y también he recibido malas críticas, de las cuales he intentado aprender.

No pretendía continuar la historia, pero mucha gente me lo ha pedido personalmente así que en ello estoy; en pleno verano y preparando estas líneas que, cuando lleguen a tus manos, estarán ya terminadas y listas para ser vividas tan intensamente como la vez anterior. Gracias por haber tomado parte de tu tiempo en leer lo que me apetecía contarle al mundo. Gracias a ti, este sueño tiene vida propia. Espero que disfrutes de esta nueva aventura tanto como la primera.

Dedicado a todos los que han compartido este pequeño viaje conmigo.

Javier.

TERCERA PARTE NUEVA YORK

Parece ser que la vida no siempre funciona como nos gustaría. No importa lo que digan en la televisión, lo que nos cuenten los afortunados o lo que prediquen las religiones, siempre habrá algo que se interponga en el camino que nos lleva a aquello que siempre hemos querido y deseado. Por mucho que nos esforcemos en tener el control de la ruta escogida, siempre aparecerá algún tipo de contratiempo que nos obligará a dar un volantazo y desviarnos de la senda que habíamos elegido. Y es cierto que, en la mayoría de los casos, podemos volver a girar el volante y retomar las riendas de nuestro destino, pero ya nada es igual. El recuerdo dañado seguirá ahí, en nuestra memoria, haciéndonos saber que no tenemos el control de lo que se avecina, ni podemos cambiar el pasado.

Solía decir que todo lo que acontece en nuestras vidas es producto y consecuencia de lo que hacemos o dejamos de hacer. Lo mantengo. Pero he aprendido, tanto por las buenas como por las malas, que no todo está bajo nuestro control y que muchas veces esas cosas que hemos provocado pueden volverse contra nosotros en el momento más inesperado. Así de caprichosa es la existencia y ese animal que aparece en mitad de la carretera obligándonos a cambiar el rumbo puede surgir en cualquier momento o situación; una tarde de otoño en una cafetería mientras tomas un té con un amigo, una noche de verano mientras disfrutas de una velada de ensueño, en una discoteca, en un parque o en mitad de la calle cuando regresas a casa a por un paraguas en un día de lluvia. Cualquier momento es posible y, sin que puedas decidir si es lo que quieres o no, sin darte apenas cuenta estarás dando ese volantazo que cambiará tu vida para siempre, a corto, medio o largo plazo.

En el último año he dado tantos giros en la carretera que me siento afortunado por haber conseguido mantener el control después de cada uno de ellos. Descubrí el amor en verano y conocí el dolor pocas semanas después. He tocado fondo y he vuelto a la superficie. Descubrí lo fuerte que puedo llegar a ser, lo profundo que puede ser el agujero del que no vemos la salida y lo grande que pueden ser nuestras acciones aunque no nos percatemos de ello. Descubrí que el mundo no se acaba cuando tropezamos y caemos y comprobé que la fuerza de voluntad es mucho más importante que las probabilidades de éxito o fracaso. Volví a sentir el amor de una forma diferente, ni mejor ni peor, y comprendí que no existe ese alguien único y especial, destinado a ser nuestra media naranja. Las oportunidades para encontrar el amor son ilimitadas. He sido feliz de nuevo y lo sigo siendo, pero con los pies en el suelo.

Y en todo este tiempo he aprendido a no asustarme, a no temer todo aquello que pueda plantarse delante de mi trayectoria, a ser consecuente con mis actos, decisiones y sentimientos. He aprendido a vivir, a ser feliz con esas pequeñas cosas que vivimos mientras encontramos nuestro lugar en el mundo. He aprendido a esperar lo inesperado, a sentir lo que antes no sabía que existía, a valorar lo que tengo y dejar de anhelar lo que no. He aprendido a conformarme con una mirada, a ver todo un mundo en una sonrisa y a sentir fuegos artificiales en mi pecho cada vez que soy feliz. He aprendido que la vida no espera por ti; el tiempo pasa y eres tú el que tienes que adaptarte a sus constantes cambios. Pero, por encima de todas las cosas, he aprendido que sólo tenemos una oportunidad para descubrir quiénes somos y expresar nuestra existencia al máximo. No elegimos nacer. No nos dieron un ticket de compra, ni nos sellaron la garantía en la tienda. Vivimos sin tener la posibilidad de cambiar ni un sólo segundo del pasado y es por eso que debemos acostumbrarnos al hecho de que no hay cambios ni reembolsos. Es hora de aprovechar el tiempo y vivir, ahora o nunca.

1. LA CIUDAD, LOS DONUTS Y EL GATO

¿Alguna vez habéis sentido cosas por alguien que no conocéis? ¿Habéis sentido esa amargura al ver a una persona casi a diario y llegar al punto loco y arriesgado de necesitarla en vuestra vida sin apenas haber entablado una conversación? ¿Habéis cruzado miradas furtivas con esa persona, sintiendo que el mundo se detiene y pensando si él o ella estará en la misma situación? La mente humana es un vaivén de posibilidades infinitas que se cruzan e interactúan haciéndonos sentir los seres más fuertes del planeta o más vulnerables que un mosquito sostenido entre los dedos. Y, dentro de ese mundo extraño interior del que cada uno es dueño y soberano, pueden ocurrir las mejores historias de amor jamás contadas. Que luego esas historias se asemejen a la realidad es lo que solemos proponernos, aunque pocos hacemos algo para conseguirlo.

Un día cualquiera de un mes al azar, podría estar sentado en el metro, mirando mis rodillas y preguntándome si es impresión mía o tengo una más ancha que la otra; podría estar midiendo con una mano su anchura para confirmar o desterrar mi teoría; podría estar escuchando a Alicia Keys en mi iPod y, olvidando el absurdo dilema de las rodillas, buscar el reproductor en el bolsillo de mi pantalón para subir el volumen porque suena mi canción favorita. Y, en ese mismo instante, podría sentir la extraña e inconsciente necesidad de levantar la vista y perderla hacia el fondo del vagón. Y ahí estaría él. Enseguida mi mente daría rienda suelta a su imaginación y crearía una fantástica novela en la que él se acercaría y me contaría que lleva semanas viéndome a diario en este tren, que le da mucha vergüenza hablar conmigo pero no está dispuesto a seguir perdiendo más el tiempo, que quiere tener mi número y llevarme al cine, ser el que me robe las noches de luna llena y el que me haga sentir como nadie ja-

más me ha hecho sentir antes. Yo le daría mi número entre temblores de emoción, le diría que me escriba o me llame cuando quiera. Y, como en toda buena historia, llegaríamos enseguida a su estación, se iría caminando mientras yo lo observo a través del cristal y esa sería la anécdota que recordaríamos siempre durante el resto de nuestra vida juntos.

Todos hemos tenido una fantasía igual o similar en algún momento de nuestras vidas. Suena a locura, pero no lo es. Es la ilusión desesperada de sentir cosas nuevas y llenar parte del vacío que sentimos a diario. Un vacío que muy pocos logran llenar. Ellos son los verdaderos afortunados de este mundo. Los que se sienten plenos por dentro, ya sea porque son autosuficientes o porque han encontrado a esa persona con la que compartir sus momentos. Yo aún soy joven para sentirme así, lo reconozco. Diecinueve años dan para pocas experiencias en la vida; aunque me atrevería a negarlo viendo mi currículum sentimental. Y quizás es precisamente eso, el tener diecinueve años, lo que me hace creer aún en la magia de una mirada perdida desde el otro lado de un vagón de tren, o cruzando un paso de cebra, o a la salida de un restaurante, o incluso en la cola del banco. El problema quizás radica en que esa magia es tan efímera como un estornudo. Dura tan sólo unos segundos pero el recuerdo resuena durante horas y, a veces, días.

Supongo que eso es a lo que se refieren cuando hablan de tener un flechazo. Aunque yo prefiero llamarlo magia. Un flechazo no es efímero. Un flechazo te deja una herida que tarda en cicatrizar, lo recuerdas a diario, no se te olvida jamás y podría incluso matarte. Un flechazo es que tu marido te deje plantada en el altar el día de tu boda, que a tu madre le detecten alguna enfermedad grave o que el amor de tu vida se ahogue en el mar. Estar sentado en el Aula Magna de tu universidad y que un chico guapo se siente a tu lado porque quiere formar parte de tu vida no es un flechazo, es magia. Una magia que yo no supe ver ni reconocer hasta semanas más tarde. Una magia que estuvo golpeándome en el pecho día tras día hasta que logró colarse entre los poros de mi piel y alcanzar mi corazón. Una magia que aún no se ha apagado y que, probablemente, sea la misma que me ha traído hasta esta ciudad.

Y aquí, en el mundo real, estoy sentado en un vagón del metro neoyorquino, Alicia Keys suena en mi iPod, mis rodillas siempre han sido del mismo tamaño y, al levantar la vista de forma consciente, no veo a un chico misterioso que va a acercarse a invitarme a ser la mitad que complete su ser. En su lugar, veo a una señora de unos cuarenta y tantos años con un pañuelo anudado intentando mantener a raya su mata de pelo afro. Más a la derecha hay otra señora de su misma quinta, con el mismo esplendor capilar pero suelto libre a su antojo, leyendo la edición del Vogue de hace seis o siete de meses con Beyoncé en la portada –seguramente robado de la peluquería–. Ambas llevan pantalones negros, camisetas blancas y delantales de cocina que tienen algo escrito en medio. Y entre ellas lo veo a él. Ese chico que me ha robado el corazón. El que se pasó semanas viéndome en Facebook sin atreverse a contactarme para decirme que le gustaba. El que no quiso perder más el tiempo y se lanzó cuando tuvo la oportunidad. El que sufrió por no tenerme cuando yo no podía ser de nadie. El que me ofrece sus noches de luna llena y las de luna nueva, menguante,

creciente e incluso los días, ya sean nublados o soleados. El que me ha hecho sentir como nadie jamás me ha hecho sentir antes. Ese chico que no va a desaparecer en la siguiente estación porque en este viaje vamos juntos. La mitad que completa mi ser. Mi chico, mi ángel, mi salvador, mi magia.

Intento aguantar la risa porque veo cómo está mirando de reojo el Vogue de una de las señoras y, cada vez que ésta cambia de página o levanta la vista, él se hace el despistado mirándose los bolsillos o fingiendo que mira algo en el teléfono móvil. Y cuando la mujer vuelve a sumergirse en su lectura y cotilleos varios, ahí que va él a sumarse a la aventura del cotilleo gratuito. Estoy por decirle que deje de marujear, que no llevamos ni dos semanas en Nueva York y ya se conoce la vida y obra de la mitad del famoso americano y parte del extranjero.

–Yo sigo sin creermelo que haya estado embarazada –me susurra Mike desde en frente.

–¿De qué hablas estúpido? Si le vimos la barriga y estuvimos en el parto.

–¡Sussan no, idiota! –responde elevando la voz. Lo miro con cara de asombro, intentando que intuya que quiero que baje la voz y no llame la atención—. ¡Beyoncé!

La señora que porta la revista se inclina lentamente hacia Mike, le echa una mirada que más bien parece un mal de ojo y vuelve a centrarse en su revista, esta vez ladeándola para que Mike no pueda ver nada.

–¡Será hija de...!

–¡Mike!

Cuando cogimos el metro en York Street sólo había dos sitios libres, en los opuestos del vagón. Yo, que siempre he sido más espabilado, me apresuré a ocupar el hueco más espacioso en el lado derecho, mientras que Mike tuvo que conformarse con sentarse en el lado izquierdo entre las dos corpulentas señoras. Sobra decir que en apenas un minuto de trayecto le robaron parte del poco espacio que tenía para sentarse y lo que tengo enfrente ahora mismo parece un sándwich de Mike hecho con pan de chocolate. A estas alturas, he dejado de disimular la risa, mientras él hace lo que puede para impedir que las dos mujeres terminen de echarlo del asiento.

El resto del vagón viaja ajeno a nuestro particular drama. Y no me extraña. En esta ciudad todo casi todo el mundo parece tener programada su función dentro de la vorágine urbana y cumplen con su cometido sin prestar atención a lo que ocurre a su alrededor. Los habitantes neoyorquinos caminan y viajan tan

sumergidos en sus propias vidas que no se detienen ni un segundo a compartir su existencia con los demás. Evidentemente, todo es una percepción que se tiene desde fuera. La mayoría de la gente es muy metódica y responsables, como hormigas trabajadoras que no pueden salirse de la fila porque si no toda la cadena se perdería y no se conseguiría el objetivo común.

–Menos mal que la siguiente estación es la nuestra –me susurra inclinándose hacia delante para que no le escuchen las rebanadas de pan. Claro, ahora que ya no puede cotillear el Vogue le entra la prisa.

–En diez minutos da tiempo de hacer varios sándwiches –le respondo.

Tres minutos después llegamos a la estación de Bergen Street y nos disponemos a bajarnos del tren. Gente que entra, nosotros que salimos. Gente que se empeña en entrar, nosotros que insistimos en salir. Gente que casi nos hace caer al suelo. Gente inepta que no se da cuenta que para que unos entren, los otros han de salir primero. Está visto que las personas en el metro se comportan exactamente igual da igual la ciudad en la que te encuentres. Y quien dice el metro dice los ascensores. Lo único que parecen respetar es la disposición en las escaleras mecánicas: a un lado los que llevan prisa y las suben andando y al otro lado los que no tenemos prisa alguna.

En la calle ha empezado a llover y no llevamos paraguas así que elegimos esperar bajo una marquesina junto a la escalera de la estación por la que acabamos de salir. Los coches circulan frente a nosotros a la velocidad justa para que el agua que hacen salpicar sobre las aceras apenas llegue a gotearnos un poco en los pies. No corre la misma suerte la señora elegante del traje ochentero parada junto al semáforo que no ha visto venir el bus escolar. En apenas tres segundos le han dado una ducha que no olvidará hasta que termine el día. En la acera de en frente hay un Dunkin' Donuts y me arrepiento de no haber salido a la calle por la otra escalera. Empiezo a analizar si me compensa cruzar y mojarnos un poco o aguantar el hambre hasta llegar a casa.

–Sigo diciendo que deberíamos haber alquilado un apartamento en Chelsea –se queja Mike.

–Claro, porque en Chelsea no llueve –ironizo.

–Hoy estás sembrado, ¿eh? Lo digo por el tema del metro y tener que vivir en Brooklyn.

En parte, Mike tiene razón. Brooklyn es fantástico pero nos da un poco de pereza estar cogiendo el metro cada vez que queremos ir al centro, sobre todo cuando es de noche y la gente rara empieza a abundar. Pero también es obvio que esa opción se nos salía del presupuesto a ambos.

–Si hubiéramos hecho eso, en vez de pasar diez minutos rodeados de gente extraña en el metro, los tendrías las veinticuatro horas en casa porque no quedaría más remedio que compartir piso con una docena de chinos. ¿Tú sabes el precio de los alquileres en Manhattan? Sería imposible vivir los dos solos.

–Ya, pero...

–Además –le interrumpo–, desde Chelsea hasta la escuela es más de media hora en metro. Prefiero esto.

No lo prefiero, pero me compensa.

–Parece que ha dejado de llover –dice Mike asomando la mano por fuera de la marquesina–. Vamos, que en tres minutos llegamos.

–Espera, quiero un donut –digo agarrándole de la mano y tirando de él en la dirección opuesta.

–Eres un gordo.

–¿Gordo yo?

Me detengo, me levanto la sudadera y la camiseta y le enseño mis abdominales, o lo que queda de ellos tras todo el verano sin entrenar.

–Estás fofo.

–Puede ser, pero sigo estando mejor que tú, Michael.

Me encanta llamarlo así cuando quiero que se enfade. Uno de los puntos débiles de Mike es que se enfada con facilidad si le tocas un poco algún detalle que le moleste, como su nombre completo. No porque no le guste, sino porque está tan acostumbrado al diminutivo que, cuando alguien lo llama así, suele ser para algún tema serio. Y como yo soy un poco tocapelotas, es habitual en mí estar buscándole las cosquillas para hacerle enfadar, a veces incluso hasta hacer que me de dos o tres gritos para que deje de burlarme de él. Luego le doy un beso y se le pasa.

Tras doblar la esquina de Warren Street, seguimos avanzando hasta el que se ha convertido en nuestro nuevo hogar y al que aún no me he acostumbrado.

La zona que hemos elegido –mentira, que ha elegido Sussan por nosotros– es bastante tranquila y acogedora. Nuestra calle es estrecha pero bastante larga – repito, la calle– con una serie de edificios típicamente neoyorquinos adosados uno tras otro con puertas de colores. No hay mucho tráfico, por lo que los pocos ruidos que nos llegan cuando estamos en casa provienen únicamente del parque que hay enfrente, más concretamente de la cancha de baloncesto anexa en la que raro es el día que no haya un grupo de adolescentes multirraciales jugando con la pelota y tratando de meterla –la pelota, en la canasta–. Pese a lo bien que está saliendo todo de momento, reconozco que echo de menos a mis padres, mi cama, los muebles de mi habitación, mi intimidad, mi baño sin compartir, el no tener que cocinar ni hacer la compra... Creo que hasta echo de menos la ropa tendida de la vecina de enfrente que veía todas las mañanas por mi ventana.

Suena el teléfono de Mike.

–No me puedo creer que aún tengas puesto el *Gangnam Style* –le digo entre risas para que no se ofenda, aunque hablo en serio–. Eres muy cutre.

–Pues bien que te pone este cutre –me responde mientras descuelga la llamada–. Dime.

–¿Quién es? –le pregunto.

–Sí, sí... Espera –me responde–. Sí, estamos llegando.

–¿Quién es? –insisto.

–Calla, que no oigo –me responde–. No, no, tú no. Se lo digo al pesado de Ryan.

–¿Pero quién es? –sigo molestando–. ¿Es Sussan?

–Sí. ¡No! No, no, no estamos en la escuela. Era a Ryan –me mira amenazante y me doy cuenta de que o cierro la boca o esta noche duermo en la cama pequeña. Pero me gusta tentar a la suerte –. Estamos llegando a casa.

–¿Es Sussan? Dale saludos de mis partes.

–¡Joder! –se queja Mike–. ¿Te callas tú o le mando tus partes a Sussan en una cajita con un lazo?

Me callo y dejo que termine la llamada. Cuando cuelga me hago el remolón enfadado y sigo caminando.

–¿A dónde vas? –me pregunta.

Sigo en silencio mientras saco las llaves de mi bolsillo.

–Era Sussan.

Continúo sin responderle mientras subo las escaleras de la entrada. Cuando llego a la puerta me giro y veo que él sigue exactamente en el mismo sitio donde se paró a hablar con ella, frente a las escaleras del bloque de al lado. Por un segundo pienso que me he equivocado y empiezo a imaginar cómo Mike va a reírse de mí por fastidiarle la llamada y encima equivocarme de número en la calle. Me inclino hacia atrás y miro hacia arriba. 353. No me he equivocado. Además, bastante me costó aprenderme que vivíamos en el bloque con la puerta azul.

–¿Qué haces ahí parado? –le grito.

–Si te hubieras portado bien te lo habría dicho antes.

–¿Qué pasa? –vuelvo a gritar.

–Vuelve aquí. Hay que ir a casa de Sussan.

–¿Ahora? ¿Por qué?

–Tiene que ir a comprar no sé qué a no sé donde y no puede llevar al niño porque está enfermo y le da miedo que se ponga peor si lo saca a la calle.

Bajo las escaleras que acabo de subir, me guardo las llaves en el bolsillo y me acerco a Mike con cara de niño bueno. Viene siendo habitual que cuando intento hacerle rabiar, al final soy yo el que sale perdiendo y humillado.

–¿Me das un beso? –le pregunto.

–¡Vámonos al metro, anda!

Nueva York enamora por cada rincón. Incluso el metro es genial, por mucho odio que le inspire a Mike. Cada calle es igual que la anterior, pero al mismo tiempo desprenden sensaciones diferentes. Últimamente todo es mágico

para mí, intuyo que es por tanta vivencia anormal o extraña durante el año pasado y éste. Pero es cierto, esta ciudad es mágica. Tiene algo que no tienen las demás. Por lo menos las demás que yo he visitado. El aire huele diferente, la gente actúa de forma diferente, incluso la calefacción huele diferente. Estoy deseando que llegue el frío para volver a oler el calor de la ciudad. Llevo desde fin de año añorándolo y ahora que estoy aquí de nuevo lo espero con impaciencia. Muchos me llamarán loco por ello, pero es cierto. El calor de Nueva York huele. Es una mezcla entre olor a comida y a ropa recién sacada de la secadora. Mike no me entiende y dice que a él todo le huele igual que en Norwalk. Una mierda de perro va a oler igual aquí y en China, me dice siempre que saco el tema del olor neoyorquino. Aún no entiendo cómo me enamoré de él. Pero sé que tengo razón. Me di cuenta en nuestra primera visita, cada vez que cruzaba una calle, entraba a un deli o me secaba con las toallas del hotel, ahí estaba ese olor especial. Supongo que debe ser la calefacción.

Es cierto eso que dicen, la ciudad nunca duerme. No importa a qué hora salgas a la calle, siempre habrá gente y lugares abiertos al público. Ya sea una discoteca, una cafetería o el restaurante chino de aquí al lado. Incluso Sussan está maravillada con esto de no tener que llevar siempre encima compresas o tampones por si le surge una emergencia femenina, ya que a cualquier hora del día y en cualquier lugar encontrará un bazar abierto donde poder paliar sus necesidades.

Al día siguiente de que Mike y yo llegáramos, hicimos una pequeña fiesta para darnos a nosotros mismos la bienvenida. Cuando se acabó el hielo a eso de las tres de la mañana, Alex y yo bajamos a la tienda del pakistani que está en la esquina de Warren con Hoyt, a dos pasos de casa. Al llegar vimos que estaba cerrado e intentamos observar el interior para comprobar si había luz o no. Dos segundos después, el amable señor estaba levantando la reja y preguntándonos si queríamos robar o comprar algo, que tenía cámaras –mentira– y la policía llegaría antes de que nos diera tiempo a llevarnos nada. Nos echamos a reír y le pedimos una bolsa de hielo. Se disculpó, nos trajo lo que pedimos y, como forma de pedirnos perdón, nos regaló tres latas de Coca-Cola que costaban más que el propio hielo. Esas cosas no pasan en Norwalk, salvo que lloves una minifalda y el vendedor quiera que acabes la noche en su trastienda.

Y esta aventura está ocurriendo gracias a Mike. De no ser por él, aún estaríamos en Norwalk comenzando el segundo año de una carrera que no nos motivaba en absoluto.

A raíz de nuestro viaje en Fin de Año, a ambos nos entró el gusanillo de volver a Nueva York y rara era la semana que no nos quejábamos de vivir en una ciudad como Norwalk, que es estupenda pero no es lo mismo. A eso hay que sumarle el hecho de que la carrera de Publicidad no era exactamente lo que esperábamos ninguno de los dos. El temario era demasiado amplio y poco concreto, aparte que tocaba demasiadas ramas y pasaba muy por encima de lo que realmente nos interesaba. Es curioso como Mike y yo somos dos personas totalmente distintas y muy opuestas mentalmente, pero en cambio respecto a

nuestros estudios y nuestro posible futuro laboral, tenemos prácticamente las mismas aspiraciones y sueños.

La cuestión es que, un día antes de que Sussan diera a luz, Alex llegó con la noticia de que le habían ofrecido un trabajo en la Universidad de Nueva York. Aquello fue como un shock para todos y, con la llegada de David al día siguiente, nos olvidamos del asunto durante días. Pero, una vez pasada la euforia del recién nacido, a primeros del mes de julio Alex tuvo que tomar una decisión. Irse o quedarse. Sussan estaba dispuesta a irse con él, evidentemente, y todo parecía indicar que iba a ser la separación definitiva del grupo. Mike llevaba sin dar señales de vida desde hacía un par de días y, cuando por fin apareció, trajo la mejor información que podíamos recibir todos. Había estado buscando en internet y encontró un lugar donde podíamos estudiar él y yo.

Rellenamos mil y un formularios, adjuntamos todo tipo de pruebas, identificaciones, ensayos, resúmenes y trabajos, enviamos las solicitudes justo en el plazo fijo –como viene siendo habitual en mí– y tres semanas después teníamos la confirmación. Nos habían aceptado a ambos en el Miami Ad School de Nueva York. Lugar en el que llevamos ya una semana estudiando Dirección de Arte, o al menos intentándolo. La escuela está en Brooklyn así que lo más cómodo, como le dije a Mike, era vivir en esta zona. Como Alex y Sussan tuvieron que dejar Norwalk desde mediados de agosto, fue ella la que se encargó de recopilar información sobre pisos de alquiler y la que nos confirmó que con el dinero que nos podíamos permitir pagar, nos olvidáramos de Manhattan salvo que quisiéramos vivir en un mini apartamento mugriento y lleno de gatos.

–¿Recuerdas la película Bar Coyote? –me dijo Sussan en una de nuestras sesiones de Skype.

–Claro.

–¿Su apartamento?

Me reí.

–Pues los baratos que he visto en el centro son aún peores.

Así que decidimos dejarlo de su mano y en menos de dos semanas nos había conseguido un piso de dos habitaciones en la zona oeste de Brooklyn, cerca del metro y a pocos minutos de la escuela. El casero fue bastante amable y, previo pago de una fianza y un mes por adelantado, no tuvo inconveniente en reservarnos el apartamento un mes más hasta que viniéramos a la ciudad. Mes que, por cierto, se pasó volando entre preparativos varios y lloriqueos de mi madre. Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos Mike y yo en un avión rumbo a la gran manzana, con las maletas hasta los topes, sobrepeso a rauda-

les, nervios a flor de piel y la ilusión de comenzar una nueva vida en el mejor lugar del planeta.

Y ahora de nuevo en el metro. En tan sólo una semana he cogido el metro más veces en esta ciudad que en Norwalk en toda mi vida. El abono mensual lo tenemos ya más que amortizado. Por suerte, ha dejado de ser hora punta y podemos ir cómodamente sentados sin señoras corpulentas ni otra clase de incomedididades.

–Me parece increíble que te hayas comprado otro donut –me recrimina Mike–. No hace ni quince minutos que te has comido uno.

–¿Qué quieres que le haga si tengo hambre? –me quejo–. Este cuerpo hay que mantenerlo.

–Lo que vas a mantener es el ritmo de crecimiento de tu barriga.

–¡Bah! –exclamo ignorando sus críticas–. Es sólo un donut.

–¡Pero es que éste incluso es relleno!

–Y yo tengo mucha hambre.

–A estas alturas, deberías estar ya como Adele. No sé dónde lo metes, Ryan.

–Si quieres te puedo decir por dónde lo saco.

–¡Eres un guarro!

Me río y provocho que me chorree parte del relleno de chocolate por el borde del labio. Joder, Mike tiene razón. Soy un poco guarro. Con lo fino y escrupuloso que yo era y en lo que me he convertido.

–Esta ciudad saca lo peor de mí –me río.

–Sí, claro. Ahora la culpa la va a tener la ciudad. ¡Anda! –exclama mientras me pasa el dedo por la boca para limpiarme y lo culmina con un beso.

–¡Vaya! –me sorprendo–. ¿Y esto? Estas cosas no las hacías en Norwalk.

–Hay muchas cosas que no hacía en Norwalk.

–Y besarme en el transporte público era una de ellas. ¿Qué ha cambiado?

–Antes me pediste un beso y te lo he dado. Si no lo quieres me lo devuelves.

–No lo quiero –le digo mientras le doy otro beso como si le estuviera devolviendo el que me acaba de dar–. No, espera –le doy otro más–. Mejor sí lo quiero.

–No te aproveches.

Unas ocho estaciones de metro después, nos bajamos cerca de Washington Square y caminamos hasta Barrow Street, donde está el apartamento de Alex y Sussan. Parece ser que hemos cambiado de continente porque aquí el sol brilla con fuerza y no hay ni rastro de las amenazantes nubes que nos cubrían en Brooklyn. Le envío un mensaje a Sussan para decirle que estamos llegando.

No damos ni cinco pasos y ya notamos la diferencia. Vivir en Brooklyn es como vivir en Norwalk, en cambio Manhattan es como si formara parte de otro mundo. Ir caminando por cualquier calle con la sensación de estar metido en el rodaje de una película es la norma habitual, de hecho si te despistas puede que ocurra en serio. Hace un par de días estábamos en Central Park y nos topamos con el rodaje de no sé qué serie a la que Sussan está enganchada. No tardó ni dos segundos en soltar el cochecito de David y salir corriendo para ver si conseguía tener cerca a alguno de los actores. Monumental fue el chasco que se llevó al comprobar que sólo estaban haciendo pruebas de iluminación y no había famoso alguno.

Según nos acercamos al portal de su apartamento, vemos a Sussan en su jetador asomada a la ventana. Sin mediar palabra tira algo a la calle que hace un ruido metálico al caer. Supongo que serán unas llaves. Mike me mira extraño.

–¿Por qué está la loca de tu amiga, medio desnuda, tirando cosas por la ventana?

–Parece mentira que aún no la conozcas...

Me agacho a coger lo que nos ha lanzado y, efectivamente, son unas llaves. Justo al mismo tiempo oigo a mi espalda un graznido estridente que viene desde el tercer piso.